

dos, el ideal del Libertador sea el evangelio político que inspire vuestras decisiones.

Me corresponde el honor insigne, como presidente interino de la Sociedad, y como ministro de Venezuela, de otorgaros la medalla de oro que los estatutos conceden a personajes eminentes y penetrados de la misión apostólica tanto en la vida social como en la azarosa de la política.

Que ella sea un acicate en vuestras altas deliberaciones y que ante la debilidad o la flaqueza os recuerde la obligación moral contraída desde este instante con vosotros mismos, esto es: la de ser siempre los triunfadores en la noble justa de la fraternidad entre los pueblos que un día el Libertador vio ligados por milagro de su imaginación portentosa y por autoridad de su prestigio sin igual en los anales del mundo.

HABLA VELASCO IBARRA

Acto seguido el doctor Velasco Ibarra pronunció un extenso discurso para dar las gracias, en su propio nombre y en el del doctor Alfonso López, por el homenaje que se les acababa de tributar.—(De *El País*, junio 5).

---

## CRONICA DEL COLEGIO

Como remate de mi pasada crónica traje la cita del escudo del Colegio. He de confesar su oportunidad porque ella me dará para este nuevo escrito motivo aparente del cual desentrañar decires e impresiones que dicha insignia me dicta.

Bien se me alcanza que he querido cargarme con ponderosa obligación a cuyo rechazo se resisten mi moceril arrojo y mi condición de leal rosarista.

Antes de emprender mi trabajo, y en guardia contra cualquier peligro de opacidad y deslustre para nuestro blasón, quisiera desasirme de la familiaridad con que lo miramos, empaparme, al mencionarlo, en la veneración y fervor que se merece, sumergir mi espíritu en la belleza simbólica de la cruz gloriosa e imponer a mi estilo que ha

de elogiarla desconocidos primores. Con todo eso sentiríame favorablemente pertrechado para seguir en lo que nos respecta la historia perdurable de aquel emblema de caballeros y robarle lujosas conclusiones.

Que, en carencia de tales atributos, vengan con su vigor a fortalecer estas páginas el interés que las cosas del Mayor me despiertan y la devoción que por su vida profesó.

Para añorar la primera visión de nuestro escudo, arrancaré de mi infancia cuando, a impulsos de la curiosidad y la novelería, fueron mis ojos a sustraer del rincón donde ella vivía con respeto la efigie gallarda de Monseñor Carrasquilla.

Allí la simpatía tomaba un gesto de inconfundible sello y las facciones armonizaban en gracia con la arrogancia del pecho generoso cruzado, orgullosamente, con la beca de los Rectores del Rosario. Sobre ella, entre fulgores de mando, jugaba encantos la Cruz de Calatrava.

Amo engastar ciertas impresiones de mi temprana edad en oros de pulida dulzura para revestirlas de perfecta firmeza y realzarlas de mejor significación. Así, he de fundir la suavidad nazarena de la divisa cristiana en la mirada acariciante de Monseñor cuyos labios, rayados, a la vez, de amabilidad y dureza, me están mostrando los dos leños entrecruzados que cantan en su consuelo la hermandad de pesares y alegrías. Y he de reunir en el mismo campo del escudo la armonía de sus contornos con el agrado de la persona del levita y de éste los méritos con la popular aclamación que aquél suscitó entre los pueblos católicos del duodécimo siglo.

Porque fue entonces, con el año 58, cuando vino al mundo la nueva Orden de Caballeros, de entonces data el nacimiento de nuestro emblema, de esa centuria lejana parte la entusiasta cruzada contra los moros, en ella se afianzó la liberación de Calatrava y ella marcó para la Iglesia de Cristo un triunfo más sobre las huestes del Islam.

Dos lustros hacía tan sólo que el poderío español había arrojado de la Real Ciudad del Guadiana a los hijos de Mahoma cuando nuevos ataques y repetidas amenazas

que el despecho de la derrota azuzaba, solicitaron de la cristiandad la resistencia a los bárbaros, y apareció Raimundo de Fitero seguido de aguerridos hidalgos que enarbolaban, animosos, un estandarte blanco en cuyo centro campeaba como grito de triunfo una cruz negra de corte florenzado.

¡Nobleza, poderío, libertad! De no haber asentado ya otro de claridades inmortales sobre su pendón, haría yo de aquellos tres vocablos el lema del denodado ejército, pues si pasamos lectura a las constituciones de la Orden, hallaremos como primer requisito para formar en ella la acrisolada pureza de sangre sola capaz, según las creencias de entonces, que traducían hechos concretos de un estado social, de dar lustre al linaje esclarecido de la Institución. Por eso la presencia en sus filas de un marqués de Villena, de un Juan de Jáuregui o de los Guzmanes de Nápoles.

En todas sus épocas fue la autonomía el mejor legado para las legiones de Calatrava. De los reyes obtuvieron acatamiento y honores a manos llenas de los Papas. Opulentas en bienes de fortuna, más poderosas aún en sus hazañas, adquirieron ellas para sus maestros la distinción de príncipes eclesiásticos. Sin sujeción a autoridad diocesana alguna, vivían sí bajo el ala protectora del Romano Pontífice. ¡Y cómo enaltecía a su independencia y fortaleza la voluntaria acogida a una fuerza universal que gravita en sí propia y tiene su esplendor en la solemnidad de la pobreza! ¡Qué bien hablaba a su caduca pujanza el amparo de un imperio eterno, invencible como el Dios que lo gobierna!

Desde aquellas edades hasta la de 1645 pasaron centenas de años. La Majestad de Felipe IV reinaba sobre las Españas cuando a perturbar sus ocios de monarca llegó un buen día de septiembre, desde las Indias remotas, fino pliego de peticiones. Adornábalo un sello arquiépiscopal, fechado estaba en el Nuevo Reino de Granada y era Cristóbal de Torres el signante.

¿Quién podría figurarse en pleno siglo XVII y en el ambiente orgulloso de la Corte que, en Santafé de Bo

gotá, un Prelado meditaba la creación de un Colegio y que, en sus vanidades de fundador, solicitaba del Soberano para su obra honores conferidos a la misma Universidad de Salamanca.

¿Y quién hubiera pensado que fray Cristóbal de Torres vacara en sus altísimas funciones para idear y asentar con ciertos rasgos de las de Calatrava, sabias constituciones que regirían su Colegio en proyecto?

Porque si el de Fitero, al soñar en su grandeza, exigía para su Orden autonomía y lustre también el dominico, previendo el prestigio de su Instituto, ambicionaba para él libertad que le hiciese vivir y «piedras preciosas de hombres ilustres en sangre», siendo en esto tan convencido que llegó a consignar en su regla la no aceptación de hijos «cuyos padres tuvieren oficios bajos y mucho menos infames por las leyes del Reino».

No por contrariar las disposiciones del Arzobispo que sí para amoldarse a las normas republicanas previstas por el Prelado, este Colegio, sin abdicar de su autonomía y distinción, llegó a ser con los años el plantel de todos los hijos de Colombia. Con los nobles se han cobijado bajo su techo los plebeyos y en las distinciones de los primeros han participado con igual honra los últimos. Asiento esta afirmación que la historia del Rosario me respalda, para matar de antemano juicios torcidos que mi anterior párrafo pudiese provocar. ¡El Mayor es el alma de la República, por lo tanto la casa de la democracia, de esta democracia espléndida, dadivosa, y tan pésimamente comprendida!

Bien se conocía a fray Cristóbal en España como que de allá era nativo y por la Corte había pasado con honores. Por ello y por lo razonable de sus solicitudes la voluntad de Felipe estaba lista a acceder al memorial, mas exigíanse como indispensables condiciones pertenecer a la nobleza y cargar escudo. Aquí reside el por qué, nosotros rosaristas, llevemos como nuestra la insignia de Calatrava ya que no fue otra la que el Arzobispo eligió para su Colegio y la que por Real Cédula confirió el Monarca en 31 de diciembre de 1651.

Y es el escudo que exorna la fachada de nuestro edificio el mismo que luce a la puerta de los templos dominicanos.

Aquella honrosísima igualdad tráeme a mientes verdades y suposiciones que hacen un aceptable comento, ya que si miro a los colores del emblema de remontarme tengo hasta la centuria trece cuando Domingo de Guzmán llenaba el mundo con la fama de sus proezas, hacía luz con su ciencia y esplendor con su palabra, peleaba por la fe con armas de penitencia y efluvios de simpatía, recibía de la Iglesia bautizos sobresalientes y sacaba a la vida su Orden de Predicadores.

Poco ardoroso en mi fervor por los dominicos me inclino, sin embargo, ante su misión, que ilumina la santidad con fuegos de apostólico celo, tiemblo de admiración cuando contemplo el desfile interminable de sus varones ilustres que constelan como joyas la Historia y clamo para sus hábitos respeto porque en ellos veo figurarse con el contraste de las blancas túnicas, que pelean gracia al negro donaire de las capuchas, la guerra poderosa de la verdad contra el obscuro imperio de la herejía.

Quisiera ser el panegirista afectuoso y acondicionado para ensayar algún boceto de aquella Congregación religiosa, valdríame él como ofrenda íntima a la memoria del Fraile cuyo espíritu preside estos claustros. Ya que tal empeño no es posible, de anotar tengo para asentar la suposición arriba enunciada que honor cabe a Alfonso Pérez de Guzmán, calatraveño insigne y al mismo tiempo cofrade dominico en la Hermandad de la Caballería de Cristo con haber entregado, cual me lanzo a atribuírselo, su cruz de gran señor a Orden tan eminente como la de Domingo.

Al renombre que acompañaba su vida debían acudir para la rodela del cistersiense los mágicos resplandores que recibió luégo en manos dominicanas. Los tiempos la han visto brillar ufana sobre vestes pontificales. Con las virtudes de Benedicto XI fue bendecida, obtuvo admiración pendiente al pecho de Pío el V, se colmó de bondades sobre las blancas sedas de Benedicto XIII. A abrazar

el emblema de Calatrava en las huestes del de Guzmán acudieron, despreciando las honras con que el siglo los provocaba, Renoldo de San Egidio, profesor de cánones en París, Rolando de Cremona, jefe de las escuelas médicas boloñesas, Moneta, famoso maestro en artes, Vicente de Beauvais, célebre enciclopedista, Enrique de Susa, el Místico por excelencia, y Tomás de Aquino, el Angélico sabio. El acompañó a Didon en sus evangélicas empresas, quemó de elocuencia los labios de Monsabré, inflamó en belleza la palabra de Lacordaire.

He trajinado lo bastante por siglos remotos buscando a la insignia de Calatrava glorias y hazañas que expliquen airoosamente la opción hecha en ella por fray Cristóbal para escudo del Rosario. Es tiempo ya de renunciar a ajenas pertenencias e incrustar de lleno la cruz benemérita en la vida de este Colegio para extraerle allí alegorías y enseñanzas que afirmen más sobre ella nuestra irreatada posesión.

Mas, para iniciar, he menester de lugar a propósito dónde exhibirla así como de varones que la porten con dignidad. De aquí que me señale la fecha del 18 de diciembre de 1653, o sea la de la fundación de los claustros que nos educan.

Si no me fustigara el escrúpulo de hacer estas páginas monótonas y dilatadas desempolvaría para ellas fugadas estampas donde la Colonia pusiese sus tonos desfallecientes y brindaríales con un escenario iluminado por la ingenuidad españolísima de mansiones tocadas de historia alfombrado con la rusticidad santafereña de un polvo sobre el que aún se dibujasen las presumidas zapatillas de Virreyes y aristócratas y cuyas calles apareciesen ennoblecidas con la blancura de las capillas centenarias.

Porque la luz de aquella memoriosa efemérides desprendióse toda de las épocas que hoy aborrecemos; deslumbrados con la frívola belleza de una Bogotá por hacer; porque de la sencillez de esa arcaica Santafé copió el Colegio Mayor su amor profundo por la tradición y en esos tiempos, que deseásemos encerrar en sombras, brilló para la patria un nuevo sol que nunca tendrá ocaso.

Y pláceme circunscribir esa fecha en un marco de devoción y misticismo. Como que fue también bajo la paz de un templo y mientras la liturgia desarrollaba su santidad cuando fray Cristóbal de Torres, en admirable despliegue de gentileza, puso en manos de su familia religiosa la obra del Rosario que al poco tiempo, y de modo definitivo, habría de pasar a extraña dirección.

Delíneo en mi fantasía los contornos de esa ermita cortados en piedra seca que los años tenían humedecidos en veneración; el color de sus muros interiores me lo remedo bañado en luces desfallecientes brotadas posiblemente de los retablos y, como ofrenda de sencillez para aquel día todo pomposo, descuelgo del cielo festones y gallardetes que, en una algazara de papel, abriesen sobre el altar el cariño con que fueron formándose entre los dedos de sus artífices.

Así dejo descubierto un escenario modesto como cuadro al Prelado de corazón mansísimo y de acabada placidez en las virtudes, a ese Obispo eximio a quien la patria no ha levantado suficientemente su acción de gracias.

Para evocarlo robaré con afecto a don Gaspar de Figueroa su Cristóbal de Torres que luce con colores de maestría en lugar de distinción de nuestra Aula máxima. Lo recordaré, de pie, frente a la sencilla mesa que cubre rica carpeta y sobre la que, suavemente, apoya su mano izquierda el Arzobispo. Terciada la roja muceta y al pecho sujeta la cruz arzobispal finjeseme un príncipe de donoso continente, de aquellos que, en impecable estilo, Zorrilla de San Martín esculpió para envidia del propio Vaticano. Al verle ataviado de su hábito religioso canta mayor dominio su porte físico y, ante su erguida cabeza que surge de la blanca cogulla con admirable majestad habla de todo su poder el señorío.

¿Quién hubiera sospechado para la nobleza del dominico esa corona de sufrimientos que abatió su existencia? ¿Y dónde podría estar pronosticada la ingratitude que envolvió en luto su corazón y ungió de armiño la barba de su agradable rostro? Pero tal es el premio que la humanidad designa, las más veces, a la lealtad y al desprendimiento.

Notables ensayistas han triunfado ya en sus intentos de describir la personalidad del fundador del Rosario. Cualquier atrevimiento mío no serviría sino de tortura a los lectores que me han señalado con su benevolencia. La mejor biografía del Arzobispo la dictan estos claustros que a diario pregonan sus excelencias y talentos.

En mis anteriores párrafos sólo he osado repintar, en líneas descoloridas, la figura del varón sobre quien dio luz por primera vez en esta nación la insignia de Calatrava. A su rededor formaré, con los nombres de los quince primeros colegiales la ofrenda orgullosa de las regiones todas de Colombia a la gran cuna de la República. Representan ellos el tipo ideal del favorecido con que soñara fray Cristóbal al estampar, designándosela, la palabra «limpieza», como calidad insustituible y la condición de «grandes esperanzas para el bien público», como requisito de todo Colegio Mayor.

Así me forjo distinguidos con sus hopas bicolores y su escudo de caballeros, sobresalientes en capacidades e hidalguía, dotados de virilidad y franqueza a Cristóbal Vanegas de Torres y a Enrique de Guzmán, a Fernando de Mendoza Ezpeleta y a Cristóbal de Figueroa, a Juan de Montoya y a Francisco Mosquera, a Nicolás Guzmán y Solanilla y a Jerónimo de Berrío, a Alonso de la Mesa y a Juan de Mosquera Nuguerol, a Enrique de Caldas Barbosa y a José de Vargas y Alarcón, a Nicolás Flórez de Acuña y a Gregorio de Borja y Ezpeleta, para cerrar airoosamente la lista con el sonoro nombre de Cristóbal de Torres Bravo.

Cuenta la heráldica expresiones singularísimas que hacían el escudo de los antiguos. Yo me supongo, a imitación del de César, en que la rapidez se simbolizaba en una mariposa y significábase la lentitud en un cangrejo que algo muy alto quería decir para Pompeyo el león de su rodela y que sugerencias de valor habría de encerrar la alondra en las banderas de las legiones galas que sirvieron al romano.

Y si guerreros supersticiosos arrancaban a aquellos símbolos virtudes de tanto precio, cuántas mayores hemos

de hallar nosotros, piadosos creyentes, en el lábaro sacrosanto que nos sirve de blasón. Admonizamos él con celestiales voces que son al par que de perdón acentos de esperanza y alivio; él tendió sus brazos sobre nuestras cunas en saludo de bendición y acogerá nuestras últimas lágrimas en el lecho de muerte; él nos confortará en las pesadumbres y nos hará más fuertes las alegrías; él, en fin, nos ha de servir de faro en nuestras faenas como lumbré que es de una eterna ventura.

Mas, queden por convencimientos aquellas loables verdades y vengan a mi pluma personalísimas acepciones a que me tientan en su belleza las flores de lis de que está formada la cruz de Calatrava. Hámelas inspirado, más que la fantasía el distinguido grupo de colegiales de mi pasada enumeración. Tenidos, como queda dicho, a manera de ofrenda del virreinato al Rosario, hago palpitar en ellos toda la tierra granadina, la bizarría caucana con el patriotismo boyacense, el heroísmo costeño con el denuedo santandereano, la decisión cundinamarquesa con el esfuerzo antioqueño. Y queda allí esculpido el amor patrio. A su lado se inclina el cariño por el Colegio, horno de gratitudes donde se han forjado las mayores glorias colombianas, y a su izquierda, en obsequio respetuoso, la ternura de nuestro hogar, escuela de ejemplos e imborrables sentires que surte de servidores a las sociedades y asegura la fama de los pueblos.

Mas, ¡cuánto se repujan con los colores los sellos de armas! Pregona el amarillo la soberbia y la dominación, se engasta el verde en juventud y alegría, aterra el rojo por la crueldad y seduce por la fiereza, mientras el azul vierte magnanimidad y el plateado sufrimientos.

Nuestro escudo está tinto en fe y en constancia. Fé nos enseña el blanco en su limpieza, fé en los destinos del Colegio, fé en nuestras glorias así como en los triunfos que han de enaltecer el futuro de cada uno de nosotros. E invítanos el negro al trabajo, a la guarda de nuestras tradiciones, al esfuerzo continuo por lograr nuestros ideales.

Conjuguemos en el blanco la alegría del vivir, poblé-

mosle de ilusiones y promesas sin quitar de los ojos el negro desde donde la seriedad del futuro nos hace llamadas apremiantes.

Por el ancho cuadro de mi escrito ha pasado el escudo de los Guzmanes, rico en historias y consecuencias. Tras de estudiar sus virtudes ¿qué nos obliga para mantenerlas? El estímulo de nuestros antepasados, nuestro espíritu, motivo de envidia para muchos émulo, sin prestigio; acatamiento a la autoridad que quisieran echar por tierra forasteros de, inconocido ascendiente, altivos gestos de nuestros superiores, dignos de anotarse como protesta a atropellos indecorosos de ciertos directores de opereta. Allí reside nuestro honor, allí nuestro pasado todo, allí la guarda estricta de la herencia de nuestro fundador.

Adviértenoslo así desde su tumba fray Cristóbal, nos lo gritan con vigor los muertos regentes del Colegio, Cristóbal de Araque y Nicolás Flórez de Acuña, Miguel J. Masústegui y Fernando Caicedo y Flórez, Núñez Conto y Juan Agustín Uricoechea, Nicolás Esguerra y Manuel Ancizar, Juan Manuel Rudas y Carlos Martínez Silva para no abundar en más citas. Lo establecen invictos próceres con su coraje, Joaquín de Caicedo y Francisco José de Caldas, José María Cabal y Jorge Tadeo Lozano, Hermógenes Maza y Manuel Rodríguez Torices, que recorrieron sin fatigarse el camino del heroísmo y nos demostraron lo que hace y puede el alma democrática y noble de este Colegio. Así nos lo enseña el evangelio de elocuencia que brotó de los labios de Camilo Torres y de Joaquín Mosquera y así nos lo aconsejan políticos y estadistas que aprendieron en ese ambiente a formar el alma nacional.

Y pudiera proseguir el recuento de aquellos denodados rosaristas que con su ejemplo nos inculcaron el perfecto cumplimiento de nuestras obligaciones pero, ¿a qué tan crecido registro si del catálogo de sus hombres aceptaría el Mayor como único vocero a Rafael María Carrasquilla? En él se encarna lo bueno y grande que ha tenido este Colegio, en él perdura su pasado insigne, en él vive su fidelísimo presente y se anuncia un porvenir sin eclipses.

Mayo 1934.

Alfredo Delgado Plaza



Archivo  
Histórico